

—¿Y el buen Dios me perdonará?

—Sí.

Elena, que había escuchado con alguna inquietud la respuesta de su abuela, respondió gravemente:

—Voy á decir á mamá que me quiero confesar.

Y la abuela, pensativa, se puso á hablar sola y en alta voz, como acostumbran hacerlo los ancianos.

—¡Pobre niña! sin saberlo acaba de tocar una cuestión muy grave. También se ha visto precisada á comunicar á alguno el primer grito de su conciencia; porque en el alma pura de un niño esta voz de Dios no se ahoga por ningún sofisma ni por ninguna pasión. El pecado se levanta contra ella; su propia injusticia la subleva: ella se siente desgraciada y triste, y conviene que lo confiese y lo expie.

¡Ah, querida Elenita! tu primera confesión sería un gran argumento para los hombres que desdeñan los misterios de la fé. Ella les enseñaría que Aquel que ha instituido la confesión, conocía también el corazón de sus criaturas, que les ha dado, ya en esta vida, los remedios soberanos para calmar los remordimientos más crueles de la conciencia.



APARICION DEL CORAZON DE JESUS. AL P. BERNARDO HOYOS.

(FRAGMENTO DE UN CANTO ÉPICO). (1)

Rica se extiende en deliciosa vega,
Que con primor enriqueció natura,
De Ansúrez la ciudad (2): su campo riega
El Pisuerga, vistiendo de verdura
La campiña feraz, que alegre entrega
Al labrador ansioso, con usura
Por sus largos afanes y sudores
Sabrosos frutos y odorantes flores.

Hácia la izquierda del sonante rio
La heroica población alza su frente,
Descollando gentil con noble brio
La antes cabeza de la hispana gente:
Allí un templo se eleva grave y pio
Donde culto recibe el Dios potente,
Y do el mortal, dejando el bajo mundo,
Vuela de Cristo al corazón fecundo.

Allí rogaba en actitud sencilla
Jóven feliz, de cuyo pecho abierto
Suave oración, cual rica navecilla
Que surca el mar abandonando el puerto,
Subía del Eterno á la alta silla,
Atravesando el mundanal desierto,

[1] Nos parece muy oportuna la reproducción de tan hermosa poesía en estos momentos, que antes vió la luz en la *Revista popular*, pues según hemos leído en alguna publicación española, parece que se han encontrado últimamente los venerandos restos del Apóstol de la devoción al Corazón de Jesús en España, el P. Bernardo Hoyos. Este feliz hallazgo facilitará no poco su Beatificación, que tanto se desea. (Nota del *Mensajero* mexicano.)

[2] Valladolid, [España,] que poseyó el célebre conde de Castilla Pedro Ansúrez.

El espacio rasgando, do fulgente
Gira del claro sol la rueda ardiente.

Era su frente de cristal radiante;
Sus ojos dos vivísimos luceros;
Rosa mezclada en nieve coruscante
Sus mejillas; sus labios hechiceros
Rojos corales de la mar undante;
Blandos sus movimientos y ligeros:
Con esbeltez airosa su estatura,
Parecía de un ángel la figura.

Era blanco jazmín la rica estola
Que el alma de Bernardo embellecía,
Y oro refulgente la aureola
Que en la oración al serafín ceñía.
Cual transparente nube que arrebola
El encumbrado sol en claro día,
Tal brillaba en su límpida conciencia
Fuego de amor y cándida inocencia.

A su oración humilde y ardorosa
Los coros de las salas eternas
Aplauso alegre hicieron; y armoniosa
Escucharon su voz las virginales
Legiones del Olimpo, y la gloriosa
Trinidad sus miradas divinales
Con amor á Bernardo dirigía,
Mientras Jesús amante le decía:

“Sube á este trono de oro rutilante:
Sienta tu planta aquí, jóven dichoso:
Esta será tu habitación constante,
Yo de tu alma seré divino esposo,
Y este anillo marcado de diamante
A tu pecho traerá feliz reposo;
Y tú serás, Bernardo, el blando lecho
Donde repose mi abrasado pecho.”

Brillaba celestial la clara aurora
Del refulgente día (1), que del suelo,
Con ropajes de luz encantadora,

[1] Día de la Ascensión del Señor, 14 de Mayo de 1733.

Arrebatado dirigió su vuelo
El que los soles con sus lumbres dora
A la mansión dichosa del consuelo;
Y al Señor en transportes de alegría
En su pecho Bernardo recibía.

El sol sabía con veloz carrera,
Clareando las tierras con su lumbré:
Dorado y rubicundo en la alta esfera
Su resplandor por la elevada cumbre
Se difundía y en feraz pradera;
Cuando anegado en grata dulcedumbre
Hoyos abrió con tiernas oraciones
Del Olimpo las plácidas mansiones.

Y entrando en los palacios eternas,
Que del Omnipotente la grandeza
Retratan, vió entre luces matinales
De hermosos resplandores, la belleza
De su Esposo, que rayos divinales
Despedía; brillaba en su cabeza
La diadema imperial y en su orla, *Gloria*,
Se leía, *al Señor de la Victoria*.

Campeaba el corazón cual sobre nieve
Pura, campea la encendida grana,
O cual suaves colores, cuando llueve
Extiende de la alianza soberana
El iris refulgente, en donde bebe
La dulce inspiración quien con galana
Mano y pincel del anecho firmamento
Dibuja audaz el grave movimiento.

Cercaba el corazón espino agudo,
Que de lo más profundo y escondido
Arrancaba la sangre del que pudo
Lavar al hombre en la maldad caído.
Por la abertura que hizo el hierro crudo
Brotaban llamas del amor herido,
Y alto se alzaba el celestial madero
Que triunfó del averno en campo fiero.

En la ancha puerta que al mortal **abría**
 El amor en el pecho sacrosanto
 Del Salvador Divino, Hoyos veía
 Sus vivas ansias de reinar: y en tanto
 Cual Serafin amante pretendía
 Con aliento sagrado y ardor santo
 Penetrar en tan dulce fortaleza,
 Asiento del amor y la grandeza.

Fijó el Señor los compasivos ojos,
 Más bellos que el fulgor de clara estrella,
 En Bernardo, que puesto allí de binijos
 Le decía de amor santa querella.
 Su pupila radiante y labios rojos
 Revelaban del pecho el ansia bella,
 Y al discípulo fiel con suave acento
 Jesús mostró también su sentimiento.

“Mira mi Corazón, que palpitante
 Busca de los mortales los amores:
 Los llamo ardiente y con amor constante
 A los que redimí con mis dolores;
 Y los hombres, más duros que el diamante,
 Con fría estupidez á los ardores
 De mi pecho responden: me olvidaron
 Y en negra ingratitud se sepultaron.

“Llamo á las puertas de los pechos duros,
 Y no contestan; y fabrican ciegos
 En torno suyo diamantinos muros
 Con que rechazan los suaves riegos
 De la gracia inmortal: envió puros
 Raudales de salud, pero los fuegos
 De vivas y ardentísimas pasiones
 Mi gracia matan, mi favor, mis dones.

“—En tan profundo abismo se despeña,
 Dijo Bernardo, el mundo irreverente:
 Perdónale, Jesús: muestra la enseña
 A tu amada nación, pueblo creyente.
 ¡Oh, si la aurora plácida y risueña
 De tu reinado viese refulgente

Por el claro horizonte do guerrero
 Sus banderas extiende el pueblo ibero!
 “—Yo reinaré en su imperio dilatado,
 Y el sol de mis amores con su lumbre
 Al encender el mundo bienhadado
 Fúlgido haré que en tu nación alumbre.
 El hispano á mis piés arrodillado,
 En hondo valle y en excelsa cumbre
 Contemplará mi duradera gloria
 Mientras de España quede la memoria.

Sí, yo te lo prometo; por mi nombre
 Por la gloria del brazo omnipotente,
 En cuanto España y su bandera asombre
 Brillará en su corona refulgente
 Mi corazón, y su inmortal renombre
 Penetrará en el cielo prepotente,
 Y hollando de la secta el fiero encono
 Será escabel tu pueblo de mi trono.

“Mi Sacro Corazón al Nuevo Mundo,
 Por donde España su fulgor derrama,
 Sus huestes llevarán: el mar profundo
 Llenarán con los ecos de su fama:
 Yo brillaré cual astro rubicundo
 Que la ancha tierra con su luz inflama:
 Y España y cuanto á su poder se humilla,
 Doblará ante mi trono su rodilla.

“Los reyes y los grandes caballeros,
 Los nobles personajes, los fervientes
 Prelados y los ínclitos guerreros
 Ante mi imagen postrarán sus frentes:
 Rendirán en mi nombre sus aceros
 Y adorarán mi pecho reverentes:
 Que España ante mis ojos siempre bella
 Es de mi frente la mejor estrella.”

J. de V.